

II

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
el amor de esos seres elegidos
que pueden, enfrenando los sentidos,
adorar sin vergüenza y sin pecado;
que con sana conciencia,
alzando lo más puro de su esencia
hasta uno de los valles de la luna,
agregan su existencia á otra existencia,
y pueden conservar sin mancha alguna
todo el tiempo que quieran la inocencia!

III

Con tal piedad y con pureza tanta,
amaron, cual Lombay á la Princesa,
con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, también santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
que son tan inocentes
como lo son los sueños transparentes
que envía Dios á pájaros y á niños!
¡Jamás concebirán de nuestra mente
amores tan sublimes y tan tiernos
los que saben amar tan solamente
con el amor que alegra á los infiernos!

IV

¡Reina infeliz! cual dice la Escritura,
vió á un hombre un día por su mala suerte,
y después con tristeza y con ternura
se quedó pensativa hasta la muerte.
Don Francisco de Borja la quería
con tanta abnegación, con ardor tanto,
que antes de ser un héroe y luego un santo,
ya un cristiano de Esparta parecía.
Y la Reina entretanto apasionada,
aunque al pudor no le defrauda en nada,
casta, y leal, y mística, y severa,
á su angustia febril abandonada,
en su trono imperial vive sentada
más triste que una virgen de Rivera;
hasta que lentamente
sofocando en el pecho aquel misterio,
la Reina-Emperatriz fué tristemente
bajando esa pendiente
á cuyo pie se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
un hecho que en idea se transforma,
y, así como una llama entre la bruma,
la Reina, cual incienso que perfuma,

ondeó, se disipó, perdió su forma,
y en espíritu fué de vuelo en vuelo,
de aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡Murió joven aún, pero ¿qué importa?
va y viene la mujer cuando Dios quiere,
y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V

Lombay, que siempre continuó la senda
del amor y la gloria,
su vida pasó á historia,
y su historia después pasó á leyenda:
y cuenta esta leyenda infortunada
que el Marqués, para dolmo de sus penas,
partió á inhumar á la feraz Granada
á la gran Reina, y respirando apenas,
en la muerta clavada
por largo tiempo tuvo la mirada
que le llevaba el frío hasta las venas;
y horrorizado, y por el llanto ciego,
— Ya sólo lo que viva eternamente
volveré á amar, — dijo Lombay; y luego
sus ojos, que brillaban como el fuego,
se apagaron ante ella eternamente.

VI

Y esperando el momento
de ir á más alto asiento,
alzó entre el mundo y él un doble muro,
é hizo acopio de amor en un convento;
mas ¿de qué amor? de aquel... del amor puro
que busca el sacrificio y el tormento.
Fué bueno y santo al fin; pero es lo cierto
que le fueron siguiendo á todas horas
aquellas ilusiones tentadoras
que llevó San Jerónimo al desierto.
San Francisco de Borja á Dios alaba,
mientras la sombra de Isabel adora,
y su alma fiel, que por su amante llora,
de Dios esposa y del deber esclava,
la dicha del amor, *que es de una hora,*
la da por esa paz *que nunca acaba.*
Y en éxtasis de sueños inmortales,
ignorando Lombay si sueña ó vela,
se pierde, como un ángel cuando vuela,
en sueños infinitos é ideales;
pues en el mundo real, si bien se mira,
merced á la ilusión y á la memoria,
solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh novela inmortal, tú eres la historia!



SEGUNDA PARTE

LA MUSICA

DEDICATORIA

I

Responde, Carmencita encantadora:
un pájaro que canta, ¿ríe ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
del ruiseñor que canta en la espesura,
tú sonríes, tu hermana se divierte,
tu madre os mira á entrambas con encanto;
y pensamos, al son de un mismo canto,
tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II

¡Ay! ¿por qué ríes cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
el que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
reír á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente,
la Música es un hada complaciente,
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
con más fe al corazón que á la cabeza,
dando al triste tristeza,
aumenta del contento la alegría;
y por eso, al oír, convertimos
la fría realidad en ilusiones;

pues al recuerdo de sus buenos días,
ponen en cuanto oímos
los ojos de nuestra alma sus visiones,
nuestro oído interior sus armonías.

III

Si, como todos vemos,
la Música despierta los sonidos
que desde el día mismo en que nacemos
están en nuestro espíritu dormidos,
también probarte intento
que se lleva la Música la palma
en las artes que anima el sentimiento;
que así como el estilo es el talento,
el metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
todo el que canta, ó toca,
si no ama en realidad, ama algún sueño:
porque su magia es tanta,
que, aunque eres niña aún, ya habrás sentido
que, envuelto en el sonido,
hasta lo amargo del dolor encanta;
y que la misma senectud que mira
que cada nota una esperanza encierra,
con inútil ardor ama y suspira,

como alma juvenil que, ardiendo en ira,
en oyendo un clarín corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
pues entonces también fuerza es que creas
que, según nuestras mismas sensaciones,
cual los hechos imágenes de ideas,
son las notas pedazos de pasiones;
y que con fuerza virtual vibrando,
y á la vida excitando,
por el espacio va cada gorjeo
como una vaga tentación volando;
y camina, y camina, murmurando
«¡Levántate, y ámate!» al deseo.

IV

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
que hoy se canta y que el aire se la lleva;
y que luego, mañana ó el otro día,
con nuevo ardor la misma melodía
la vuelve á repetir otra vez nueva;
y así en curso variable,
cuando nace, se espacia, se disuelve,
y en giro interminable,
lo que del aire viene al aire vuelve.
Y en raudó movimiento,
se disipa en el viento
lo que en el viento por amor vivía:
¡ideas, armonías, sentimiento,
flores, músicas, luz y poesía!

V

Como en cosas de amor yo lo sé todo,
sé bien que en esta vida
jamás será perdida
la que cierra el oído á piedra y lodo.
¡El oído, el oído! Ahí se esconde
el gran traidor que al corazón entrega;
él es la senda criminal por donde
desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
en ardiente emoción, ó en dulce calma,
después de electrizarlos los sentidos,
arrastran los sentidos hasta el alma:
y por él, en amante devaneo,
desde el salto de Léucade, el deseo
se arroja al mar para templar sus penas,
escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorjeo
con que á Safo llamaron las Sirenas.
¡Cierra, cierra el oído,
y ten por cosa cierta

que es del amor el tentador sentido,
y que siempre á la voz de un ser querido
abre nuestra alma á la traición la puerta!

VI

¡Carmen, perdón! Mi confusión es tanta,
que ya olvidé mi tema.
Dime otra vez: ¿será siempre un problema
saber si llora un pájaro que canta?
Y aunque es lo más sencillo
el pensar que ese tierno pajarillo,
en medio de su risa ó de su lloro,
cantará eternamente el estribillo
de la eterna canción del «yo te adoro,»
lo cierto es que su canto
te vuelve más festiva;
que tu madre entretanto
ruega á Dios por tu dicha, pensativa;
mientras tu padre, á tan graciosos sonos,
excitado en sus graves pensamientos,
ya siente una avalancha de emociones,
y un vértigo ideal de sentimientos;
y, presagiando amores,
más bella que la luz de la mañana,
entona melodías interiores,
con más afán que el ruiseñor, tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
desde que allá en mi aldea
tocaba siendo niño la campana
en las horas del sueño,
y á las gentes sencillas
las obligaba con pueril empeño
á orar puestas en cruz y de rodillas,
sé que hay sonos inciertos
que forman la cadena prodigiosa
que enlaza con ternura misteriosa
las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
á que recuerde el fúnebre misterio
de otra ave dolorida
que oyó mi alma, de dolor transida,
cantar en un ciprés del cementerio
donde yace la madre de mi vida!

VII

¡Mas perdona otra vez la pena mía!
Yo adoro como tú, niña hechicera,
con ciega idolatría
la música que presta lisonjera
el ritmo, que es la vida verdadera,
á su hermana mayor la poesía.

Y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
pues, del sonido la expresión esclava,
al ir la frase y la armonía juntas,
lo que la frase empieza, el son lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
que llena de delicia
la escala toda del concierto humano
desde el tango sensual de la Nigricia
hasta el son funeral del canto llano,
agotadas las frases con su acento
nuestra ilusión á lo sublime eleva,
y, ya extinguida la palabra, lleva
la Música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
que al arte natural sobrepasando
del genio artificial las filigranas,
hoy remedan los pájaros cantando
las dulces melodías italianas;
y que después que oyeron los primores
de las *Normas*, *Lucías* y *Barberos*,
creció la afinación en los jilgueros
y gorjean mejor los ruiseñores.

VIII

Es el mundo sensible
un conjunto de notas armoniosas,
desde el ruido ondulante y apacible
que forman al volar las mariposas,
hasta el ritmo visible
de la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
himnos sin forma, é informes elegías,
para el que sabe oír lo que Dios canta
el orbe es un compuesto de armonías;
siendo en los campos, para todo el que ama,
un arpa cada rama
al ponerse en confuso movimiento
las notas disconformes que derrama
todo árbol agitado por el viento;
y el mar, esa otra música infinita
que el curso entero del sonido imita
desde el canto guerrero hasta la endecha,
remeda sin cesar, murmure ó truene,
la rugiente pasión la ola que viene,
la ola que va nuestra ansia satisfecha!

IX

Bendecida y bendita
la armonía, es el alma que palpita
en toda acción, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
la Música es la voz de lo infinito!

Ella á la pobre humanidad hechiza,
triste, alegre, marcial y juguetona,
y el amor del hogar inmortaliza,
pues, en no escrita tradición, entona
la canción siempre igual y monótona
de la abuela, la madre y la nodriza!

X

¡Gloria y honor al arte placentero
que, embriagando las almas de ternura,
hace del mundo entero
el espejo más fiel y verdadero
de una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
alegando al infierno,
mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu numen vagaroso
prometa un ideal, que no se alcanza,
si lo que hay de más real y delicioso,
aun esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
que despiertan tus cantos halagüeños
sean sólo visiones de unos sueños,
ó más cierto, visiones de visiones,
si siempre en este mundo
viviremos soñando
y estaremos ilusos descifrando
el problema fatal de Segismundo?

XI

Y el sol ¿en dónde está? Pero ¡qué miro!
ya las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman
que á tu lado la vida es un suspiro.
Y ya que hermosamente
se agrandan para ver tus bellos ojos,
pues ya el sol, como un rey, en Occidente
se envuelve, al destronarse, en mantos rojos,
mantos de luz que al acabarse el día
sólo las cumbres de los montes doran,
partamos pues. Ya te diré otro día
sí, expresando su pena ó su alegría,
las aves, al cantar, cantan ó lloran.
Y pues, ya triste de la luz la ausencia
trae la sombra, y con la sombra el luto,
y reina la elocuencia
del silencio absoluto,
que es la nota en que grita la conciencia,
marchemos ya: ¿qué esperas?
Ve en la humedad de mi marchita frente
cómo el aire, al pasar por las praderas,